

Contracara

Maria Rosa Fernandez



Capítulo 1

Matilde se detuvo en la mitad de la escalera y se asió con fuerza del pasamanos mientras llamaba a su sobrina.

-Clarita, Clarita, que está pasando en esta casa, donde están los gobelinos ? vení por favor.

La sobrina llegó casi corriendo en el momento en que su tía había terminado de bajar y contemplaba con incredulidad una de las paredes de la enorme sala.

-¿Tía qué hace levantada?, el médico dijo que tiene que descansar, venga conmigo.

-No -interrumpió la anciana -esta vez no podrán decir que estoy confundida, mira esa pared y decime que sucedió.

Clara miraba la pared que señalaba su tía sin dar señas de entender que era lo que reclamaba.

-¿Qué pasa con la pared tía, está sucia?

Matilde miró a su sobrina con asombro.

-¡Clara, los gobelinos!, ¿dónde están, quién los sacó de ahí?

-No entiendo tía, qué es lo que falta?

-Por Dios hija, esas telas estuvieron cuarenta años en esa pared, me las regaló tu tío y jamás se sacaron, no me vas a decir que nunca las viste.

-De veras que no sé de qué habla, a lo mejor soñó algo y le cuesta separarlo de la realidad, la otra semana pasó lo mismo con la porcelana, por eso el doctor Solano la medicó y le indicó reposo.

-No -insistió Matilde -la porcelana desapareció y si no dije más nada fue para que me dejaran en paz, pero esto es demasiado.

-El médico ya le dijo que la memoria suele jugar malas pasadas, sobre todo después de periodos de mucha angustia y usted desde que falleció el tío no está bien, no se preocupe solo tiene que descansar y tomar sus remedios.

-Esos remedios me hacen mal, no quiero tomarlos, seguramente por

estar tan dormida entró alguien y se robó mis cosas.

-Tía en esta casa no entró nadie y no falta nada voy a llamar al doctor para que se lo explique mejor.

-Que me va a explicar si ese médico no sabe nada.

-Por favor tía, no puedo verla así, si quiere busquemos otro médico, tiene que aceptar ayuda.

-Yo no estoy loca. -Nadie dice eso, pero usted lo pasó muy mal y el sufrimiento le hace cosas extrañas a la gente, el tiempo trae consuelo pero mientras tanto hay que acudir a un profesional.

Matilde no quería escuchar más, se sentía lúcida, algo estaba pasando pero no tenía fuerzas para enfrentarlo.

Se dejó conducir a su habitación y hasta aceptó la visita del doctor, tomaría esa medicina que la inducía al sueño, necesitaba descansar.

Antes de marcharse, el médico le comunicó su preocupación a Clara, le dijo que esas alucinaciones estaban perturbando a la señora y temía que eso influyera en su organismo.

-Se está debilitando -dijo- y eso a su edad es muy malo, si no logramos controlar esos episodios no me animaría a dar un buen diagnóstico.

-Yo no sé qué hacer doctor -respondió Clara estrujando sus manos - cuando empieza con eso trato de distraerla pero insiste y se pone muy mal.

-Lo sé Clara, usted límitese a estar cerca, seguramente lo va a apreciar.

-Es lo que hago, ella sabe que siempre estaré para contenerla. Después de unos días sin sobresaltos la anciana le pidió a su sobrina que subiera su mecedora, quería entretenerse bordando y ahí estaría más cómoda.

-Bueno tía -respondió -en cuanto venga el chofer lo voy a mandar a comprar una.

- Por qué? -averiguó alarmada -qué pasa con la mía?

-Usted no tiene una pero yo sé dónde venden...

-¡No, otra vez no! la interrumpió -acompañame abajo, está en la salita, al lado de la máquina de coser, muchas veces jugaste en ella cuando eras chica, no puedes decirme que no tengo una... vamos abajo.

-Despacio tía, apóyese en mí, no importa si está o no igual podemos comprar una nueva y dejarla en su cuarto, qué le parece?

-Me parece que me estás tratando como a una loca, esa silla era de mi madre y está conmigo hace muchísimos años, no me vas a decir que eso también es mi imaginación.

-¡Ay tía! -la voz de Clara sonó afligida -como quisiera que esto pase pronto, tal vez usted tenga razón y el doctor Solano no sabe tratarla, a lo mejor habría que consultar con otro médico.

Matilde sintió que la invadía un profundo cansancio y no quiso presentar batalla, sabía que la muerte de su esposo la había conmovido y le estaba costando mucho salir de ese estado.

Agradecía a Dios tener a su sobrina, no habían tenido hijos y al quedar huérfana Clara siendo muy pequeña la habían criado como propia y como a tal la querían.

La anciana dependía de la muchacha que a su vez le demostraba estar pendiente de ella anticipándose a todas sus necesidades.

Por eso decidió no discutir, sabía que solo quería ayudarla. Pasaban las semanas y se seguían repitiendo esas situaciones en las que reclamaba algo de su pertenencia y cada vez su sobrina le explicaba que eso no existía.

Eso hizo que fuera bajando los brazos y que habiendo sido una mujer tan luchadora enfrentara la batalla final ya sin armas.

Por eso no fue una sorpresa para el médico que una noche Clara lo llamara con urgencia porque veía muy mal a su tía.

Solo le llevo diez minutos llegar pero fue en vano, Matilde había abandonado la lucha.

La despedida fue sencilla, unos pocos conocidos y un par de amigos de Clara se acercaron para saludarla.

Pocos días después recibía la visita del abogado, le llevaba los últimos documentos que debía firmar para tomar posesión de sus bienes ya que era la heredera natural de Matilde.

Estaban finalizando ese trámite cuando llegó el doctor Solano.

-Solo venía a despedirme -le dijo a Clara -fueron tantos años atendiendo a su tía que voy a extrañar esas visitas y las charlas que teníamos, no sabe cómo lamento que las cosas hayan sucedido así.

Matilde tenía mucha vida aun, pero esa historia de las desapariciones bajó de tal forma sus defensas que fue imposible sacarla, de no ser por eso le garantizaba la salud de su tía por diez años más.

Bueno no quiero abusar de su tiempo, hasta siempre Clara.

-Yo también me retiro -dijo el abogado -mi tarea finalizó aquí.

Clara acompañó a los dos hombres a la puerta, cuando los hubo despedido se sentó en un banco, cruzó las manos sobre su regazo y permaneció un largo tiempo en esa posición.

Luego abandonó lentamente ese letargo y vagó por la enorme casa como reconociéndola, por fin con un profundo suspiro subió hasta una pequeña buhardilla y abrió la puerta.

Encendió la luz y paseo su vista por el lugar, tendría que deshacerse de todo, pensó que lo mejor sería hacer una donación, que hicieran lo que quisieran con esa silla vieja, la porcelana, las telas antiguas y todas esas cosas que tanto le había costado esconder.

Cerró la puerta y sonrió mientras murmuraba. -Diez años más, de ninguna manera doctor, yo no iba a esperar tanto tiempo.